

LA muerte de Mao Tse-Tung pone punto final a una etapa excepcional, a los cincuenta años más intensos, dramáticos, fecundos y dolorosos en la vida de la Humanidad. Jamás hubo en el largo transcurso de la Historia otro medio siglo tan pletórico en sensacionales acontecimientos —fastos y nefastos, felices o desgraciados— ni más abundante en personalidades humanas de tan acusado relieve. Como en el Renacimiento, cabría preguntarse ahora si son los acontecimientos históricos los que determinan la grandeza de los personajes, o viceversa. Cualquiera que sea la respuesta que nos demos, forzoso será reconocer que nunca hubo a un mismo tiempo tantas y tan sorprendentes figuras políticas (y científicas, literarias, militares o artísticas, pero esta es otra cuestión) como entre 1926 y 1976.

Puede haber, y seguramente lo habrá, quien lo niegue o cuando menos lo ponga en duda. Creo, sin embargo, que basta la simple mención de una veintena de nombres —Stalin, Gandhi, Mussolini, Roosevelt, Azaña, Hitler, Chiang Kai Shek, Nehru, Franco, De Gaulle, Kruschef, Kennedy, Juan XXIII, Perón, Ho Chi Minh, Nasser, Lumumba, Guevara, Sukarno y Mao— para zanjar cualquier posible discrepancia. Son hombres de las más diversas tendencias, razas y orígenes: conservadores y liberales, fascistas y comunistas, progresivos y reaccionarios; blancos, negros, amarillos y aceitunados, europeos, americanos, africanos y asiáticos. Sólo hay entre ellos dos puntos comunes: que influyen poderosamente en la vida de sus pueblos —y por extensión en la del mundo— y que todos sin excepción están muertos. Cronológicamente, la lista de defunciones se inicia con Roosevelt, Mussolini y Hitler y se cierra con Perón, Franco y Mao Tse-Tung.

Protagonistas indudables de la Historia más reciente, en su debe y haber hemos de anotar todo lo sucedido en este último medio siglo. No resulta fácil decidir si el saldo es positivo o negativo. De un lado, porque nos falta la necesaria perspectiva para juzgar con imparcialidad y desapasionamiento hechos y gestos que han influido y continúan influyendo en la vida de cada uno de nosotros. De otro —acaso fundamental—, por la superabundancia de acontecimientos de contraria y opuesta significación. En cincuenta años, la paz del mundo ha experimentado mayores cambios que en los cinco siglos precedentes, porque cada doce meses se producen ahora mayores variaciones que antes en doce lustros.

En muchos y distintos sentidos, los últimos cincuenta años han sido espantosos para el conjunto de



Mao en tres etapas de su vida política: con Stalin, en 1950; junto a Jruschov, en 1957, poco antes de la ruptura, y con Nixon, durante la visita de éste a China.

En la muerte de Mao

Final de la era de los gigantes

la población. Nunca hubo una conflagración bélica parecida a la segunda guerra mundial, con armas tan poderosas ni con un número tan elevado de víctimas. Los campos de exterminio en que perecen millones de personas son una experiencia nueva y desastrosa en la civilización occidental; como lo son las destrucciones de ciudades enteras desde el aire, la inmolación masiva de prisioneros, las bombas de napalm, que convierten a los seres humanos en antorchas vivientes, o las explosiones nucleares, que acaban con todo rastro de vida en comarcas enteras. A la desolación y el estrago de las contiendas bélicas se suman las terribles hambres que despueblan el Sahel o diezman las poblaciones de la India, el Pakistán, Etiopía o Indone-

sia. Aparte de las catástrofes naturales —inundaciones y sequías, volcanes y terremotos—, que nada o muy poco se hace por evitar o prevenir, están las condiciones miserables de vida e higiene que padecen las tres cuartas partes de la Humanidad, los regímenes tiránicos con represiones y torturas; el terrorismo internacional como expresión de unas minorías oprimidas y desesperadas. Sea por voluntad deliberada de unos ambiciosos homicidas o por falta de solidaridad entre los pueblos ricos y los pobres y entre los millonarios y los desposeídos, nunca hubo en ninguna época de la Historia mayores muertes violentas, mayores tragedias ni se derramaron tantos torrentes de lágrimas.

Frente a este balance desolador,

cabe otro de signo muy diferente. Es evidente que la población del mundo se ha duplicado en los últimos tiempos, que los índices de mortandad experimentan un constante descenso y que la vida media se prolonga de una manera incesante no sólo en los países desarrollados, sino en los que están en vías de desarrollo o continúan en franco y considerable atraso. Pese a todos los pesares, la Humanidad atraviesa uno de los períodos menos desolados —aun siendo todavía mucho— de su existencia. Aunque no han terminado por desgracia las guerras, siempre fratricidas e insensatas, que continúan siendo un azote y una amenaza temible, se han limitado cuando menos en los últimos treinta años. Por otro lado, las enfermedades empiezan a ser vencidas y desaparecen dolencias que constituyeron durante milenios flagelo para el hombre. La esclavitud y la servidumbre han dejado ya de ser formas legales de explotación y propiedad, y el colonialismo imperialista, pese a sus múltiples disfraces, retrocede en todos los continentes camino de su extinción, mientras las condiciones de trabajo de los desposeídos son cada día menos despiadadas y brutales. Nadie puede pretender que vivamos en el mejor de los mundos posibles, ni nuestra civilización se encuentra a un paso de las metas ambicionadas ni el soñado paraíso está a la vista. Pero comparando la situación actual del mundo con la que prevalecía no diez centurias atrás, sino hace tan sólo medio siglo, se advierte un cierto y consolador avance. Aunque queda un largo camino por recorrer, cabe la esperanza que el trecho que nos queda por andar sea menos penoso del que dejamos a nuestra espalda.

¿De qué manera y en qué proporción han influido en estos aspectos negativos o positivos la serie de políticos sobresalientes de esta época excepcional que se cierra con la muerte de Mao? Caben todas las opiniones, incluso las de quienes creen que unas personalidades políticas demasiado acusadas constituyen una desgracia para los pueblos que las padecen. Todas ellas, incluso las más democráticas, cuando se consideran muy superiores a quienes les rodean —y especialmente cuando lo son—, tienden a la instauración de regímenes personalistas, muchas veces catastróficos y casi siempre de imposible continuidad, empezando por limitar o aplastar las libertades y los derechos individuales. Por todo ello, y reconociendo los méritos de varios de los grandes estadistas contemporáneos, acaso debamos celebrar que lo que podríamos llamar época de los gigantes pase definitivamente a los libros de Historia. ■ EDUARDO DE GUZMAN.